

PABLO PALAZUELO

¿A
QUIÉN
TEME
EL
DIABLO?



UNA HISTORIA COMO NUNCA
HABÍAS LEÍDO ANTES

¿A
quién
teme
el
diablo?

Una historia como nunca habías leído antes

¿A quién teme el diablo?

Una historia como nunca habías leído antes

Pablo Palazuelo

© Pablo Palazuelo, 2018

Diseño de cubiertas
Pablo Palazuelo

Más información en
www.ppalazuelo.com

Queda prohibida toda distribución, reproducción, comunicación pública y transformación, ya sea total o parcial, de este libro, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Todos los derechos reservados

Para Jaime, por su enorme generosidad.

En agradecimiento a ti, por arriesgarte con este libro a descubrir cómo eres en realidad, porque lo que estás a punto de leer sobre ti es tan increíble como cierto.

Él es quien revela lo profundo y lo escondido; y conoce lo que está en tinieblas, y con Él mora la luz.

El sueño del rey

Índice

Prólogo

Primera parte: Él

El Brujo

El Escorpión

La garganta Azul

La Vieja Dama del Bronx

Y Dios creó a la mujer

El Monte de los Olivos

Ya no hay secretos

Segunda parte: Ellas

Las mujeres no son iguales que los hombres

La biblioteca del arco iris

La abeja reina

La virgen

El muro

El beso

Tenemos que hablar

Epílogo

Agradecimientos

Otras obras del autor

Prólogo

Cuando sientes rabia, cuando sientes odio, pero también cuando sonríes y lloras. Cuando estás alegre, cuando estás cansada e incluso cuando te enamoras. En esos momentos eres como un libro abierto, con páginas que me son legibles hasta en plena oscuridad, con oraciones que pasan ante mí con una claridad absoluta y con palabras que me desvelan hasta el último de tus secretos.

Primera parte

ÉI

El Brujo

—¿De qué color soy cuando estoy enamorada?

—No es un único color, Tricia. Es toda una gama. Y es preciosa —le respondió Patrick.

La mujer lo besó y se tumbó de nuevo en la cama, ahora con los ojos cerrados.

—Dame más, Brujo, —rogó ella—, dame más de tu magia.

—¿Acaso no ha sido suficiente por hoy?

—Quiero que me hables, que me cuentes como soy ahora, y quiero que me lo susurres al oído.

—De acuerdo.

Él la observó. Estudió su cuerpo desnudo, su simpática sonrisa. Luego colocó las manos en su espalda, hizo presión y las deslizó hasta el cuello. A continuación, se las llevó a la cara, se la tapó con ellas y cerró los ojos, sumiéndose en la oscuridad. Después inspiró profundamente y vio a Tricia con absoluta claridad.

—Estás lista.

Ella se relajó y se preparó para dejarse llevar por la voz de Patrick.

—En ti predomina el rosa amaranto. Es como una niebla que todo lo invade. Es homogéneo, con una tonalidad suave y agradable. Flota a tu alrededor, te envuelve con delicadeza y se prolonga hacia mí igual que los brazos de

una bailarina extendiéndose hacia el hombre que anhela seducir —Acercó su cara al cuerpo de Tricia hasta casi tocarlo y la deslizó sobre él a solo un par de centímetros de distancia—. Pero hay más —Pegó su boca y su nariz al oído de Tricia e inspiró despacio, muy despacio—. También observo un blanco muy puro, en el centro, en el lugar que corresponde al corazón, a los sentimientos. Lo origina tu forma de ser, tu entrega para con los demás, tu generosidad y carácter tranquilo.

—Déjate de evasivas y responde. ¿De qué color soy cuando estoy enamorada?

—Te lo diré. Pero has de darte la vuelta y colocarte boca arriba. Ese sentimiento es muy especial.

Ella se giró, despacio, con calma, siguiendo los compases del Danubio Azul que emitía el equipo de música.

—Estás preciosa.

—Esta parte me encanta.

Él le devolvió el beso.

—No te muevas —le pidió después.

—Jamás lo haría en un momento así.

Patrick descendió por su cuerpo, besándola en el cuello, luego entre los pechos y así hasta llegar al ombligo.

—Percibo un leve cambio en tu brillo —explicó él—. Cada vez es más intenso. Y el rosa amaranillo comienza a transformarse.

Ella se ruborizó, y surgió una pequeña sonrisa en su rostro. Era casi imperceptible, pero suficiente para que un atento observador pudiera detectarla. Y eso era lo que ella esperaba, que Patrick la viera, porque era un mensaje para él.

—Me da la impresión de que nos hallamos en un momento muy delicado —ironizó él en un tono de voz suave, casi un susurro.

—No has abierto los ojos. No sabes qué cara he puesto.

—¿De verdad crees que me hace falta? —Hundió la cara en su abdomen, en la zona del ombligo, dándole allí un beso muy prolongado—. Algo no marcha bien —comentó él de repente.

—¿Por qué lo dices?

—El rosa amaranto se inunda de ámbar dorado por los bordes, pero con una tonalidad apagada, impidiéndole al rosa amaranto brillar y alcanzar el toque persa que ya debería empezar a tener. En mi opinión, lo que te atormenta no te deja irradiar lo que de verdad sientes.

—Es cierto, estoy preocupada.

—¿Por qué?

—Me inquieta lo que tienes que hacer más tarde.

—¿La reunión?

—Sí.

—¿Qué ocurre con ella?

—Tengo un mal presentimiento.

—¿A qué te refieres?

—Intuyo que sucederá algo inesperado, algo trágico.

—Creo que no hay motivo de alarma. Ni estaré solo ni es la primera vez que me enfrento a una situación parecida.

—¿Y si no es suficiente?

—Pero la policía quiere que acuda, que me entreviste con ese criminal. Dicen que es un caso en el que he colaborado y que por eso podría obtener algún dato más para su resolución total.

—No vayas, por favor, quédate conmigo. Llevo todo el día pensando que jamás volveré a verte, que te perderé para siempre si asistes a esa cita.